



1

Bienvenidos a la Villa de Ledesma, uno de los Conjuntos Históricos más relevantes de Salamanca, que el tiempo ha cubierto con una atmósfera solemne de siglos de historia. A su amparo ha surgido un escenario en el que palacios y viviendas han sido vestidos de gala por sus vecinos para mirar de frente a la modernidad y agasajar a sus visitantes.

Para propagar este reconocimiento, se ha creado el **Centro de Interpretación de la Historia, BLETISA**, que cuida y mantiene una **Ruta Urbana** tejida con mimo sobre sus calles. Un periplo engalanado de un repertorio de microhistorias, que descansa en la belleza de su patrimonio, nos acompaña en un paseo seguramente único por un recorrido que cada día y cada hora parece más hermoso.

Y con el fin de facilitar su comprensión el Centro de Interpretación permite la visita en lengua inglesa y francesa y se ofrece a los visitantes la posibilidad de disfrutar del recorrido de la ruta urbana en estos idiomas, mediante códigos QR.



LA PLAZA DE LA FORTALEZA Por donde la historia paseaba las tardes de domingo...

Decir **Fortaleza medieval** es pensar casi de inmediato en la **inseguridad** de la población y en la **autoridad** y el **poder** de los grandes señoríos de la época.

Los primeros en ostentarlo fueron algunos de los segundones de los reyes de Castilla, hasta que el monarca concedió el condado de Ledesma, de forma hereditaria, a la familia de su favorito D. Beltrán de la Cueva. A partir de ese momento y hasta el siglo XIX, los condes gobernarán Ledesma y su tierra desde la corte, manteniendo con los vecinos una relación epistolar, canalizada a través de sus delegados, quienes administraban justicia y percibían los tributos en su nombre.

Del mismo modo, no es difícil percibir esta **Plaza de la Fortaleza** como **un gran escenario** donde entrenaban sus habilidades los caballeros medievales o donde, años más tarde, serios y estirados generales pasaban revista a sus tropas en diferentes idiomas -portugués, español, francés o inglés- e incluso imaginarla repleta de vecinos sacados de sus casas para participar en las defensas civiles.

Y si la miramos desde el punto de vista urbanístico, vemos la plaza como un espacio abierto y asociado a la **construcción militar** más importante de Ledesma: **la Fortaleza**. Una **fortificación** levantada para proteger el flanco suroeste del cerco amurallado, el menos defendido por la orografía, que tuvo un relevante papel militar como consecuencia de ser Ledesma frontera con los musulmanes y con Portugal. Existen evidencias que ponen de manifiesto cómo en un momento de su historia se pensó en ella como palacio residencial y ese debe ser el origen de las galerías subterráneas que recorren toda la plaza.

Quizás para contemplar lo dicho llegaron el **escudo**, que preside la entrada y que ostenta las armas de la villa, desde la Puerta del Puente y desde la de San Pedro, el **verraco**. Esta **apacible** escultura zoomorfa de granito perteneciente al primer poblamiento de la villa, el castro vetón, es un tótem relacionado, parece ser, con la seguridad, la delimitación de términos y la protección a la ganadería.



LA PUERTA DE LOS HERREROS **El oficio de la cerrajería negra**

Desde su invención allá en la noche de los tiempos, las murallas han servido para diferenciar claramente ciudad y campo, orden y caos, nosotros y los otros. La conexión entre realidades tan radicalmente diferentes son las puertas.

La muralla de Ledesma, de dos kilómetros de extensión, arranca en época prerromana y se consolida en el siglo XV, llegando a contar con ocho puertas: **la del Puente, de los Toros, del Caracol, Pozo de Nieve, San Nicolás, San Juan, de los Herreros y San Pedro**, abiertas de día y cerradas a cal y canto de noche, si las circunstancias así lo exigían.

De la **Puerta de los Herreros** poco se conserva: algunos vestigios del arco original y un poco más apartadas las dos únicas torres semicirculares de la muralla, levantadas en la zona menos protegida de la villa. Su nombre evoca la cercanía del barrio de los herreros o albéitares, profesión también conocida como el oficio de la **cerrajería negra**.

Doscientos ledesminos en el siglo XVIII se dedicaban a la artesanía y a la industria, transformando los productos agropecuarios en mercancías o creando herramientas de trabajo, que se destinaban preferentemente al mercado local.

Puertas y cerrajeros forman parte de la misma familia.



LA PLAZA DE SAN MIGUEL Plazuela de los Barberos

Esta plaza, llamada anteriormente toral (o plazuela) de los Barberos, personifica uno de los aspectos más relevantes, desde el punto de vista social y económico, de la historia de esta villa: la fusión de la Ledesma hidalga, nacida en la repoblación medieval, y la representada por los nuevos propietarios, hijos de la revolución del siglo XIX, que adquieren tierras y casas en las subastas públicas.

Fueron tiempos de cambio en los que los hidalgos locales, los nobles, los grandes arrendatarios y los terratenientes de diversa condición pasaron a formar parte de una misma familia, la de los propietarios del régimen liberal. Aunque había diferencias, unos nobles y otros no, todos eran ricos.

Y con el tiempo, como el roce hace el cariño, se comenzaron a tejer alianzas familiares, se construyeron nuevas casas y se reformaron las existentes, haciendo ostentación en muchos casos del nuevo estatus. Un buen ejemplo de todo ello, en esta misma plaza, lo representan las familias Chaves y Escudero.

Próxima a esta plaza, a la izquierda, está la calle dedicada al Padre Petisco, el hombre que hablaba mil lenguas, un jesuita nacido en Ledesma en 1724 y traductor de la biblia al castellano. Fue todo un personaje, un gran políglota que destacó en el conocimiento de las lenguas clásicas. Murió en 1800 y su tumba se encuentra en la cercana iglesia de San Miguel.



5

CASA DE LOS LÓPEZ CHAVES

El devenir de esta gran casa-palacio, una de las más señoriales y representativas de la villa, se puede entender como una pequeña biografía de la misma.

Comienza su historia en 1650 cuando, debido a la guerra con Portugal, D. Pedro López de Chaves, señor de Villavieja de Yeltes, vio como su casa solariega era destruida y devastada, decidiendo construir este palacio para asentarse en Ledesma.

Un segundo capítulo tiene como protagonista a su hijo D. Juan López de Chaves, regidor perpetuo, que se casa en 1656 con Dña. Antonia Niño y a su nieto Diego, quien manda esculpir los escudos de la familia, blasones que funcionan a modo de carnet de identidad de las casas y cuentan siempre mucho más de lo que parece.

En un tercer momento, y después de las uniones familiares entre hidalgos y nuevos ricos, es cuando la casa, con balcones/miradores, se amplía considerablemente ocupando todo el frente de esta plaza.



CASA DE AGUSTÍN ESCUDERO DE DIOS

Levantada en el año 1850 es quizá una de las que mejor refleja, junto con la de los López Chaves, el cambio social que se produce en la villa con el liberalismo del siglo XIX y la llegada de una nueva clase social.

Posteriormente la adquirió Agustín Escudero de Dios, un rico hombre con considerables propiedades en la zona y persona cultivada, con gran afición a las ciencias y a la arquitectura.

Posee diversas estancias, cuadras, corrales, incluso cuarto para la matanza, palomar y un jardín interior que se apoya en el ábside románico de la iglesia de San Miguel.

Por razón de vecindad, una de sus nietas se casó con un miembro de la familia López Chaves, residente en la misma plaza de San Miguel, emparentando así a ambos linajes. En 1975 fue adquirida por otro miembro de la familia, D. Mariano Arenillas, marqués de Gracia Real. Idas y venidas, casas y casorios.



CASA DE MANUEL GARCÍA GODÍNEZ DE PAZ

Fue aquí donde vivió el hidalgo Manuel García Godínez de Paz, quien sería recordado por ocupar a mediados del siglo XVIII uno de los cinco cargos de regidor de la villa. Su nombramiento era potestad del conde de Ledesma, de la misma forma que lo hacía con el corregidor, procurador, escribanos y otros cargos municipales.

Pero quizá merezca ser recordado porque este hidalgo, con aire emprendedor, fue propietario de una de las cinco aceñas harineras que en aquellos tiempos había en la villa, a orillas del Tormes, y que ayudaban a proveer de pan a la población.

Próxima a esta casa estaba ubicada la de Josepha Vicente, mercader, prototipo de los pequeños burgueses que, junto con los tratantes de tejidos y de ribera y los miembros de profesiones liberales, fueron formando un pequeño sector muy acomodado que se instaló en el casco antiguo de la villa, junto a nobles y clero.

Hacia 1870 la casa estaba deshabitada y en ruinas, siendo posteriormente adquirida por la familia Trilla, como sucedió con otros inmuebles de la villa.



8

CASA DE PADUA

La traza palaciega de esta casa solariega es el resultado de las numerosas transformaciones emprendidas por la familia de Padua y continuadas por la familia Torres Madrazo, durante los siglos XVIII y XIX. La edificación parte de un conjunto de viviendas y dependencias auxiliares en las que vivieron el regidor Diego Centeno, un presbítero y el único maestro tejedor de la localidad, Agustín Mesonero.

Se trata de una casa singular por varias razones: la reja exterior permite contemplar un patio interior, diseñado como un jardín italiano, con cipreses, paseos y agua, algo que no es habitual en la villa; y los productos que cobija y llevan su nombre -el Óleo de Padua y el Vino Sacro- aportan a Ledesma un poco del aire y estilo italiano que, según la tradición, en el siglo XVIII viajaron de la mano de Dña. Manuela de Padua a través de Portugal hasta la dehesa salmantina.



LA PLAZA DE SAN NICOLÁS Puertas, miradores y caldereros

En ninguna ciudad hay dos plazas iguales. La experiencia que generan, la actividad que allí se desarrolla o su ubicación, van perfilando la forma y el carácter de cada una de ellas. Esta **placita de San Nicolás**, reclinada sobre la muralla, con su aspecto irregular, recuerda un espacio de juegos o un lugar para la venta ocasional. Cumple su función de punto de partida, o llegada -según se mire-, de la puerta de su mismo nombre.

Justo aquí al lado se encuentra el **arco de San Nicolás**, que conectaba el centro con algunos de los barrios y parroquias extramuros de la villa. En total eran siete, denominados de los Mesones, del Mercado, Ventas, San Jorge, San Pablo, Santa Elena y Huertas. Los nombres de estos **arrabales** nos orientan acerca de la actividad de sus habitantes.

Esta puerta fue llamada también de **los caldereros**, un gremio bien organizado que tuvo mucho peso en Ledesma, a tal punto que en el siglo XVIII disponía de cincuenta y un miembros. Calderos, sartenes, aperos, herramientas, todo lo que tenía que ver con los metales y su manejo, construcción o reparación era de su competencia.

Y también desde aquí, por nuestra izquierda, se sube al **mirador del adarve** de la muralla, desde donde se descubre la posición dominante de Ledesma sobre el territorio que la circunda. Este privilegiado emplazamiento facilita la existencia de miradores y balcones, ideales para la vigilancia en otro tiempo y muy adecuados hoy para observar, imaginar o simplemente respirar.



EL MIRADOR DEL ADARVE

Paisajes para descubrir la esencia de las cosas

Una vez dejado atrás el meandro de Ledesma, va surgiendo un nuevo paisaje.

Así podemos observar, junto a las rocas graníticas en las lomas, la llanura aluvial con huertas, campos de labor y el recuerdo de la pesca. Aunque hoy parezca extraño, hortelanos y pescadores eran en el siglo XVIII gentes que obtenían buenos salarios debido a la riqueza de las tierras y a la abundante pesca, que en este tramo era propiedad del Concejo.

Abajo, señalando el gran peso de la historia y como nacida de la vega, se yergue **la ermita de Nuestra Señora de la Concepción** donde antes existió la iglesia románica de San Polo.

Un poco más allá se divisa la zona de baños y la isla, que sigue llena de gritos, aventuras y pequeños ritos de paseo.

En las orillas se mantienen los restos de las antiguas aceñas. Hasta cinco llegó a haber en siglo XVIII dando trabajo a molineros y panaderos, que compartían la margen del río con algunas de las veinte tenerías para el curtido de la piel, la industria de la lana y el calzado.

Ante esta visión entendemos por qué de tierras lejanas llegaron pintores como **Iturrino** o **Milcendeau**, artistas que vivían a caballo entre el siglo XIX y el XX, entre París y Ledesma, y fueron asiduos habitantes de **escenarios** como éste, donde atrapar la esencia de las cosas.



LA PUERTA DE SAN NICOLÁS, TAMBIÉN LLAMADA DE LOS MÁRTIRES O LOS CALDEREROS Historia y leyenda, hilos entrelazados

La traza románica de esta hermosa y bien conservada puerta permite suponer que fue levantada en tiempos de la repoblación, durante el proyecto inicial de amurallamiento de la villa, en el reinado de Fernando II de León. Sólida, construida con sillar y sillarejo de granito, cuenta con bóveda de medio cañón y está defendida al exterior por dos torres semicirculares de mampostería.

Mirándola con detenimiento, hay algunos indicios –a veces tangibles y otras no- que sugieren que por ella fue llegando siglo tras siglo la **historia: la grande**, la de los reyes, condes y duques y también **la pequeña**, la más cercana, la que pertenece a caldereros, labradores, pescadores y enamorados, viajeros o soldados.

Y que transitándola despacio, con sigilo y especialmente si es de noche, se entra también en **la leyenda**:

“Cuentan que en el año 745, en plena dominación musulmana, Galofre, el walí de la villa, mandó degollar a su hijo Alí -bautizado Nicolás-, posteriormente lapidarloy quemarlo junto a los clérigos Nicolás y Leonardo por haberse convertido al cristianismo.

Y dicen que fue en esta puerta, y viendo arder a su hijo, donde el padre fue alcanzado y muerto por un rayo”.

Junto a la tradición de San Nicolás se puede afirmar que historia y leyenda combinan bien, quizá porque sean las dos caras de una misma realidad.



12

EL YACIMIENTO DE SAN MARTÍN Acerca del origen

Excavar un yacimiento es un trabajo delicado y apasionante. Se trata de construir el gran mosaico de cómo era la vida en un tiempo lejano, utilizando restos fragmentarios.

En Ledesma hay constancia de **asentamientos megalíticos** ya en el III milenio a.C. Si consideramos como tal el llamado "menhir" de Ledesma, ubicado junto al río, sería un ejemplo de ello.

Disponemos de **testimonios prerromanos** referentes a Bletisama, su primer nombre de raíz indoeuropea, verracos y restos de murallas que nos sitúan en la Edad de los Metales.

Pero fue en esta plaza bajo la desaparecida parroquia de **San Martín**, la zona más elevada de la villa con 780 metros, donde tras la excavación de los años 1989 y 1990 se encontraron numerosos vestigios que atestiguaban la pervivencia de un poblado desde al menos la Edad del Bronce final.

En los niveles más profundos aparecieron **cabañas de adobe** circulares de un castro y, en niveles más superficiales, cerámica pintada celtibérica y cerámica terra sigillata romana, elementos que ayudaron a crear la narración colectiva con la que saber un poco más acerca de qué y quiénes somos.



CASA DE LAS CABEZAS

Esta calle, llamada de los Curas, es una de las de mayor sabor medieval de la villa. En ella y en torno a la iglesia de Santa María habitaban gran parte de los numerosos clérigos que tuvo Ledesma.

Entre sus casas se encuentra ésta, llamada “de las cabezas”, que perteneció al arcipreste Antonio Vicente del Águila. D. Antonio, así se le conocía, fue la primera autoridad eclesiástica en su tiempo y la tuvo arrendada a Lorenzo Torrente, que era empleado de rentas reales.

La casa toma su nombre de las cabezas de su fachada, sobre cuyo significado y antigüedad hay diversas interpretaciones. Algunos las emparentan con ritos precristianos, de origen celta y de sacrificio ritual de los vencidos, a quienes se cortaba la cabeza con fines protectores y se colgaba o esculpía a la entrada de la casa. Otros, sin embargo, creen que tienen que ver con el santoral o quizá se trate simplemente de exhibir el orgullo familiar: retratos de antepasados.



IGLESIA DE SANTA MARÍA LA MAYOR **La escalera hacia el cielo**

La iglesia parroquial de Santa María la Mayor, el río y el puente conforman la imagen visual y simbólica que impregna el recuerdo de los viajeros que visitan Ledesma.

Robusta y esbelta, encierra entre sus muros novecientos **años de existencia**, presentando una estructura arquitectónica clara con una sola nave. Levantada como iglesia **románica** de repoblación, allá por el siglo XIII, fue evolucionando con las nuevas sensibilidades espirituales **-góticas, renacentistas o neoclásicas-** hasta alcanzar, básicamente en 1580, su estado arquitectónico actual. En los siglos XVII y XVIII se vistió con retablos, sepulcros e imaginería que en muchos casos, como sucede con el famoso Cristo de las Aguas, provenían de otras iglesias y ermitas ya desaparecidas. En este templo se puede percibir, como si de un hermoso y espectacular libro se tratara, **la historia y la fe de esta villa** a lo largo del tiempo.

En su interior se respira una atmósfera serena entre sepulcros, retablos y capillas. El coro y el órgano barroco nos recuerdan a la escolanía y al maestro de música que sirvieron en esta iglesia. Su interior también esconde un pequeño **tesoro** de gran valor: cruces, relicarios y las andas de plata que convierten la procesión del Corpus en un verdadero acontecimiento de religiosidad popular, que lo llena todo de flores, colgantes, música, incienso y fe.



15

CASA CONSISTORIAL

Un frío día de diciembre, a finales del siglo XIV, el Concejo se reúne en el portal de la iglesia de Santa María la Mayor para hacer pública una "exención" del rey. Cien años después, el Concejo decidió disponer de algunas "casas" en que fijar su sede.

Y para ello adquirió, junto con otros inmuebles de la plaza, este palacio de los Trasmiera que desde entonces funcionó como casa del corregidor, sala de audiencias y prisión real y que hoy es Ayuntamiento: el lugar del poder ciudadano.

Un poder que en el siglo XVIII estaba compuesto por el corregidor que era la cabeza del Ayuntamiento, los regidores que se reunían aquí en "consistorios", el procurador de Villa y Tierra, cinco escribanos y un fiscal de la Audiencia Real.

En cuanto al edificio, decir que su traza inicial corresponde al siglo XV, que en el XVI se termina de configurar la planta inferior con el patio de las diez columnas, que bien merece una visita, y que en la planta superior, del siglo XIX, destacan las vidrieras de José Delclaux y el balcón corrido de forja.



CASA DE DOÑA MARÍA BELTRÁN

Aunque esta casa pertenecía al linaje de los Beltrán, estaba alquilada en el siglo XVIII por el procurador de la Comunidad de la Villa y Tierra de Ledesma, representante máximo de un territorio que había sido fijado en la baja Edad Media para ser repoblado y que incluía la villa y las aldeas.

En unos años belicosos las nuevas ciudades-fortaleza que surgen para poblar los territorios tomados a los musulmanes son, como Ledesma, urbes amuralladas que se erigen en dueñas y señoras de un territorio o "alfoz" salpicado de aldeas, que ya en el siglo XIII aparece bien consolidado con catorce poblados, cada uno con su iglesia.

Para su administración la villa se dividió en parroquias y la tierra en rodas o distritos, siendo sus representantes los roderos. Al frente de ellos se encontraba el procurador, que desde esta casa se ocupaba de los asuntos principales que afectaban a los vecinos de los pueblos inmediatos a Ledesma.



TÉRMINO AUGUSTAL Y SANTA MARÍA LA MAYOR De pequeños detalles y grandes obras

A veces los detalles dicen más de nosotros o de nuestras ciudades que las grandes declaraciones o mausoleos.

Así, una **humilde lápida**, situada aquí delante, empotrada en el muro de la iglesia y fechada en el **año 6 d.C.**, es capaz de representar el importante papel de Ledesma (Bletisa) en la Lusitania romana. Su inscripción dice:

“El Emperador César Augusto, XXVIII Pontífice Máximo de la Potestad de los Tribunos, XIII Cónsul, Padre de la Patria. Término Augustal entre Bletisa, Miróbriga y Salmántica”

La lápida, en realidad, es un acuerdo que establece **la delimitación territorial** entre Ledesma, Ciudad Rodrigo y Salamanca, necesaria para deslindar campos, amojonar territorios y garantizar la paz y el desarrollo económico de estas tierras.

No es fruto del azar que esta relevante y célebre lápida se encuentre alojada en esta iglesia con vocación de catedral, donde descansan los restos del infante D. Sancho y en la que tenía su sede la **clerecía de la villa** que, presidida por un abad, se componía de doce eclesiásticos “a honor de los doce apóstoles”.

Del templo impresiona su dimensión, su fuerza y su papel como catalizador social, cultural y espiritual de la villa. El valor patrimonial se lo otorgaron sus artistas, los mejores de su tiempo, que en muchos casos compatibilizaron su tarea de aquí con actuaciones en Salamanca y la corte. Los trabajos para su construcción comenzaron con el románico, en el siglo XII, y finalizaron en el XVI, en el tránsito del gótico al renacimiento.

Iglesia y torre, contempladas desde la lejanía, sugieren la idea de una escalera hacia el cielo.



LA PLAZA MAYOR El corazón de la villa

Pocas plazas como ésta presentan con tanta nitidez los poderes de la villa: el eclesiástico, el civil, el político y el económico. Y también en pocas se pueden leer y entender de un modo tan claro los juegos de alianzas, tensiones y equilibrios que se suscitaron entre ellos y que conforman su historia y su política.

La **Iglesia de Santa María la Mayor** es la referencia máxima del poder eclesiástico y espiritual en una villa que llegó a contar con seis iglesias, dos conventos, cinco ermitas y hasta diecinueve cofradías.

Iniciando el ala este de la plaza, junto a la que en el siglo XVIII se denominaba **Casa del Regidor**, se sitúa el llamado **Palacio de D. Beltrán de la Cueva**, exponente del poder señorial. Sus tres balcones hacia la Plaza eran los preferidos de los señores para presenciar los espectáculos públicos. Los escudos de la fachada pertenecientes a D. Francisco y D. Beltrán, condes de Ledesma, casados con dos hijas de los duques de Alba, pudieron ser picados durante la Primera República.

Ese mismo inmueble era llamado también **Casa de los Roderos** por ser, al menos desde el siglo XVIII, sede de la **Comunidad de la Villa y la Tierra** y, por tanto, el lugar de reunión de los representantes políticos de las aldeas del territorio. Esta casa da nombre al **Arco de los Roderos**, a cuya izquierda se sitúan otros inmuebles concejiles para el abasto de la población: la panadería, las carnicerías y el peso.

El **Ayuntamiento**, que representa hoy día la autoridad civil y las conquistas ciudadanas, hasta el siglo XVIII estaba en manos del conde de Ledesma que nombraba a los cargos más importantes: a su cabeza el caballero corregidor y con él cinco regidores, todos ellos hidalgos, acompañados por otros delegados señoriales como el procurador de Villa y Tierra. El Ayuntamiento mantenía también a un maestro de primeras letras, un alguacil, un correo, un administrador de sal, un sepulturero, tres oficiales de pluma y un alcaide, entre otros.



19

LA ALHÓNDIGA El silo generoso

La alhóndiga de Ledesma, datada en torno a 1580, forma parte del conjunto de inmuebles concejiles que se destinaban al abastecimiento de la población y que ocupaban preferentemente el ala este de la Plaza Mayor.

La alhóndiga era **mucho más que un almacén** de cereal, adelantaba el grano a los campesinos a cuenta de la cosecha garantizando el suministro a las panaderías y del pan a los vecinos. Además tenía fines benéficos: una parte de los beneficios que generaba iba destinada a ayudar a los más necesitados, por lo que era conocida como el “pañó de lágrimas de los pobres”.

Sus llaves permanecían custodiadas por tres personas: el Corregidor de la villa y dos miembros del Consistorio, nombrados por el Conde. Uno de ellos, el Mayordomo, estaba obligado a hipotecar sus bienes para ocupar el cargo.

En sus inmediaciones se hallaba el mayor mesón de la villa, propiedad del municipio, y en su parte posterior una de las dos bodegas del Concejo que garantizaban el abasto de vino a la población.

Lo que más sorprende del edificio son los espléndidos **escudos concejiles**, en los que se representan un puente, el río y un animal y cuya figuración recuerda a los de otras villas ribereñas del Tormes. En su interior son notables, por su importancia arquitectónica, los arcos de sillería de granito.

Destruído parcialmente durante **la invasión francesa** (1808), el inmueble está siendo recuperado en su configuración original y restaurado para un uso acorde con su relevancia histórica, económica y social.



PASEO DE ALONSO ANDREA **Miradas contrapuestas**

En este hito confluyen dos elementos fundamentales para entender Ledesma: el patrimonio, con su sentido de utilidad social, y el paisaje que lo circunda y envuelve. Con una mirada a nuestro alrededor descubriremos uno de los dos hospitales que la villa tuvo. Se denomina de la Capilla de Gonzalo Rodríguez de Ledesma al haberse fundado por este caballero ledesmino en 1420. Fue dedicado al socorro de los necesitados e inicialmente estuvo situado junto al arco de la iglesia de Santa María. Del edificio actual, trazado por **Joaquín de Churriguera**, llama nuestra atención el conjunto escultórico de la Sagrada Familia que preside la fachada.

El hospital disponía para su sustento, entre otras rentas, de dos pozos para la conservación de la nieve por cuyo arriendo el Ayuntamiento pagaba, en 1752, ciento veinte reales. Si continuamos el recorrido por el paseo nos asaltarán tres paisajes que bien merecen tres miradas.

En un primer plano observamos **el cortado y los puentes**, una perspectiva fundamental para entender el "porqué" de la villa. Visión que parece casi una creación del Tormes, si consideramos la importancia del río para la defensa, la economía y la vida.

Abajo se puede divisar el puente medieval, de cinco ojos, reformado en diferentes épocas y el nuevo, de los años 50 del siglo pasado, enlazados por los caminos que los unen y que ilustran la imagen tradicional de Ledesma como "encrucijada de caminos".

Un poco más allá se contempla la **dehesa salmantina**, uno de los ecosistemas mediterráneos mejor conservados y sostenibles, campo dominado históricamente por la ganadería aunque en muy diferente proporción. Predominaba el ganado lanar en el siglo XVIII que generaba una importante industria en relación con la lana. Mientras, el porcino era esencial en la dieta familiar del común, alimento de pobres se consideraba. Hoy en día, la dehesa es un buen lugar para la cría del toro bravo.

Finalmente, si dejamos volar la imaginación, mirando hacia el horizonte se puede evocar **la historia de D. Alonso Andrea**, hijo de Ledesma, cofundador de Caracas y de quien dicen las crónicas que, ya anciano, se enfrentó solo, con un caballo flaco y una armadura oxidada a los piratas ingleses que cercaban la población, quienes le abatieron de un disparo pero le honraron por su hidalguía. Al parecer, Cervantes, que vivía entonces en Sevilla, ciudad a la que llegaban todas las historias de ultramar, pudo inspirarse en él para crear su D. Quijote.



EL MIRADOR DEL TORMES **Nuestras vidas son los ríos...**

Nacido en la Sierra de Gredos, a 235 kilómetros, **el Tormes** se integra en el paisaje ledesmino ya remansado, conformando desde Salamanca un tramo que ofrece una gran riqueza natural, cultural y turística. En él se asienta la Hacienda Zorita, vinculada a Ledesma, habiendo sido la antigua residencia de verano de los dominicos y donde la tradición sitúa a Colón persuadiendo al confesor de la reina para su viaje a las Indias. No faltan además un centro de interpretación de la naturaleza y los ancestrales Baños de Ledesma, en los que los romanos utilizaban ya el poder curativo y mágico de sus aguas.

Tras Ledesma y su meandro, considerados la "Puerta de las Arribes", el río se dirige hacia uno de los paisajes y destinos turísticos más espectaculares de España, donde entrega sus aguas al Duero para excavar pacientemente barrancos y cortados que conforman precipicios de vértigo. Pero antes el río no sabe que pronto se convertirá en el embalse de Almendra y que luego se lanzará al vacío hacia Villarino, el mayor salto hidráulico de Europa Occidental.

Abajo, casi escondido, podemos descubrir lo que queda de un puentecillo de apariencia romana que formaba parte del antiguo camino a Carnaceda. Por allí se llegaba, se salía o se huía, que la historia de Ledesma ha dado para todo.

No cabe duda de que el Tormes, dios, padre proveedor y río, ha sido y es la gran empresa de Ledesma.



LA PUERTA Y LA IGLESIA DE SAN PEDRO **El misterio de lo intangible**

La Puerta de San Pedro. En este lugar se ubicaba una de las más antiguas de las ocho puertas que la muralla de Ledesma tuvo. Datada en el siglo XIII, comunicaba el arrabal de Santa Elena, lleno de vida popular, con el centro de la villa.

Su presencia se puede rastrear en archivos o documentos aunque tras su derribo, sólo se aprecian los restos de una de sus torres, la del este. Pero además de estas certezas hay gente que simplemente pasa por aquí y la percibe. Para ellos las puertas no son exclusivamente mecanismos de tránsito sino elementos simbólicos tan importantes que nunca desaparecen definitivamente.

La iglesia de San Pedro, uno de los cinco templos de repoblación intramuros, ubicada junto a la puerta, fue derruida en tiempos de la desamortización y sus restos reutilizados para erigir al otro lado del río, en el barrio de los Mesones, la iglesia de San Pedro y San Fernando.

A raíz de unas obras en esta última iglesia, ya en 1965, apareció un arca de piel con tres pequeños esqueletos y una leyenda que hablaba de **Ysacio, Josefo y Jacobo, los Pastores de Belén,** aquellos que fueron testigos del nacimiento de Jesús.

De nuevo Ledesma, historia y leyenda.



CASA DEL MAYORAZGO DE LOS PACES

Las casas señoriales de Ledesma, construidas entre los siglos XVI y XVII, intentan pasar desapercibidas. Al exterior se presentan sobrias, con fachadas de sillar y apenas pequeños acentos: escudos nobiliarios, ventanas, arcos con dovelas, balcones y rejas. Sin embargo, sus interiores son espaciosos, cuidados y cuentan con jardines, paseos y hasta laberintos. Y, aunque cotidianamente no estén habitadas, se perciben llenas de vida.

Esta casa, situada en la calle llamada antiguamente del Estanco, era propiedad en el siglo XVIII del hidalgo más acaudalado de Ledesma, D. Cristóbal de Paz y Díez, quien poseía, directamente o por mayorazgo, veintitrés casas, mil trescientas cabezas de ganado y el mesón del Gallo.

Perteneció a la familia llamada de los Paces -Paz- que se asentó en Ledesma durante el siglo XIII, época en la que también lo hizo la familia Díez -llamada popularmente de los Diezes-. Ellas dos, junto con los Nieto de Paz, conformaron los tres linajes más distinguidos de Ledesma que, con los años, forjaron entre sí fuertes lazos de parentesco.



24

EL CASINO

El casino de Ledesma fue antiguamente casa de la Orden de Malta por ser la sede de la encomienda de San Juan de Zamayón, heredera de la legendaria Orden del Temple, que con el tiempo y desaparecida la causa de su creación -la lucha contra los infieles- entró en decadencia.

Se sabe que a finales del XVIII la casa estuvo arrendada a uno de los boticarios de Ledesma y que con la desamortización pasó a manos de la nueva y rica burguesía.

En tiempos más recientes se convirtió en Casino, una institución a la que miramos hoy con "machadiana" melancolía pero que jugó un papel destacado en la vida de las pequeñas poblaciones. Eran espacios reservados sólo a los hombres para la reunión, la tertulia cultural o mundana, los negocios y la política y, todo ello, con los puros, los naipes o el dominó como protagonistas.



25

CASA DE LAS ALMENAS

Llaman la atención de esta hermosa casa-palacio su porte señorial, las almenas que antiguamente dieron nombre a la calle y los escudos de la fachada que nos hablan de sus propietarios, sus familias, avatares e historias.

Perteneció al Mayorazgo de los Nieto que desde el siglo XVI emparentó con uno de los linajes más poderosos, los Paces. Formaron la familia Nieto de Paz que pasó a ocupar los cargos más relevantes del gobierno municipal.

Sin embargo, poco a poco, el interés de estos nobles por Ledesma decayó, pasaron a residir en otros centros de poder y abandonaron sus posesiones. Y muchas casas que ya amenazaban ruina acabaron en manos de la burguesía más acomodada.

En este inmueble nació y vivió Juan Hernández Saravia, importante figura militar que llegará a ser Ministro de la Guerra con Manuel Azaña en los últimos compases de la Guerra Civil española.

En su parte posterior, destaca un hermoso y placentero jardín interior.



CASA DEL ESCRIBANO Y EL PROCURADOR

Esta gran casa ledesmina que, al igual que las más importantes de la villa, contaba con salas, aposentos, caballerizas, corrales, pajares y oficinas, en el siglo XVIII estaba dividida en dos. Una de ellas pertenecía a un hidalgo pobre, llamado Juan Martín, y la otra a una monja, Sor Josepha, representantes ambos de las dos clases sociales -nobleza y clero- que se repartían la mayor parte de las viviendas del casco amurallado.

Su fachada responde a esos modelos austeros tan generalizados en la villa que a menudo parecen rostros y en los que las rejas de forja ledesmina, como si fueran joyas, humanizan, engalanan y confieren personalidad.

Debe su nombre a sus arrendatarios que eran procurador y escribano, miembros del estamento burocrático. En ese contexto hay que entender la cruz de Malta de la fachada que posiblemente mandara tallar el abogado José Hernández, miembro de dicha Orden y propietario de la casa a finales del siglo XIX, antes de que pasara a manos de la familia López Chaves.



PALACIO DE RODRÍGUEZ DE LEDESMA

Este palacio del Mayorazgo de los Nieto es uno de los más representativos de la villa. Perteneció a Gonzalo Rodríguez de Ledesma, montero mayor del rey y repostero de la reina, quien fundó el hospital de la capilla que lleva su nombre y que pervive hasta nuestros días.

En el siglo XVIII su propietario era el noble Francisco Nicolás Nieto, residente en Zamora, hasta que en el XIX, al igual que otras muchas casas, acabó en manos de una familia de nuevos propietarios, los Tapia. El inmueble mantiene las características de las grandes casas nobiliarias, viviendas con dos o tres plantas y numerosas dependencias que a veces se completaban con oficinas y cocheras, muy diferentes de las del pueblo llano que en general poseían sólo un cuarto bajo y un corral para los animales domésticos.

De su fachada destaca su sobria belleza con algunos pequeños detalles de carácter: la portada de medio punto, los escudos, la reja cruzada y especialmente el ornamento de escamas de la ventana.



LA PLAZA MAYOR **El bullicio vital**

Hay quien piensa que en una vida caben muchas vidas y, aplicándolo a las plazas, que una plaza son en realidad muchas a la vez.

No se puede conocer una ciudad sin formar parte de su Plaza Mayor. Aunque el centro vital, como sucede con Ledesma, se haya desplazado a otras zonas, sigue siendo el **espacio simbólico**, de poder y de representación.

Todo lo verdaderamente importante se ha celebrado aquí: las fiestas públicas, las litúrgicas, las taurinas y los autos sacramentales. A sus **balconadas** se han asomado señores, burgueses, funcionarios, menestrales, pobres y reyes, como así lo hicieron, en 1465, Enrique IV y su esposa, invitados por el primer conde de Ledesma cuando se aposentaron en el palacio de los Beltranes.

Y, aunque el mercado semanal se celebrara extramuros, la plaza era el marco en el que se tomaban las decisiones económicas importantes. Bajo estos **soportales** se situaban buena parte de los abastos y suministros de pan, carne, vino y aguardiente y el estanco que abastecían a la villa. Y en el otro extremo, junto al arco de los Roderos, se hallaban el peso de la carne, las carnicerías, la panadería y, detrás, la alhóndiga con la bodega y el gran mesón de titularidad municipal.



CASA DE SAN NICOLÁS

Así denominada porque en su zaguán, y tras su restauración, apareció una hornacina con la imagen de San Nicolás acompañada de una inscripción que decía:

Esta casa de San Nicolás bautizada a la usanza de sus varones. Solar por siglos de sus mayores. El pequeño sueño de un gran hombre. Memoria viva de nuestra familia, cristianos viejos de la Vieja Castilla.

Se sabe que en el siglo XVIII su propietario era el presbítero Joseph Canueto, que vivía con su hermana, dos sobrinas y una criada, algo usual en esos tiempos y a finales del XIX fue recibida en herencia por D. Diego Martín de Juan.

Era una de las muchas propiedades que el clero y la nobleza tenían dentro del recinto amurallado y que dio forma a un modelo de ciudad que en parte pervive a día de hoy: un casco urbano poco poblado y silencioso, reservado a la actividad burocrática, a algunos talleres artesanales y a unos pocos adinerados. Mientras, el pueblo llano residía extramuros en viviendas mucho más modestas, en zonas de bullicio, comercio y actividad.



CASA DE FRANCISCO JIMÉNEZ NIÑO

Algunas de las singularidades de esta vivienda son el acceso por un gran patio -herencia de antiguos corrales-, un pozo central y los aposentos situados en el ala derecha.

Se sabe que en el siglo XVIII pertenecía a este eclesiástico foráneo que la arrendaba a los presbíteros de la villa y que posteriormente pasó a ser una de las propiedades del hospital. La influencia de la Iglesia en ese tiempo era enorme, tanto económica como socialmente, sobre todo a partir de instituciones como el hospital, las cofradías o las hermandades que llevaban a cabo una importante labor asistencial y espiritual.

A finales del siglo XIX, cuando se popularizan las vacaciones, muchos palacios y casas señoriales de Ledesma son utilizados para el descanso y se llenan entonces de ilustres invitados. Al parecer, en una de ellas, ubicada en la parte posterior de ésta, se alojó durante sus estancias veraniegas D. Miguel de Unamuno, amigo que fue tanto de los pintores Iturrino y Milcendeau, "buscadores" de paisajes, como de Cándido Rodríguez Pinilla, el poeta ciego de Ledesma y fiel acompañante del insigne profesor.



IGLESIA DE SAN MIGUEL **El faro que ilumina la visita**

San Miguel y Santa María la Mayor son las dos únicas iglesias intramuros de Ledesma que siguen en pie desde los tiempos de la repoblación, allá por el siglo XIII.

La sillería de granito y su traza de una sola nave, con cabecera semicircular y bóveda de cañón, revelan su **origen románico**, emparentándola con Santa Elena. La portada sur, el remate del tímpano y la espadaña contemporánea nos indican sin embargo que se trata de un templo vivo que, a veces sin querer, ha ido asumiendo cambios, adaptándose a nuevos estilos y tiempos.

Su interior da cobijo al **Centro de Interpretación Histórica de Ledesma, BLETISA** (la denominación que a la villa dieron los romanos) y ofrece la posibilidad de pasear en pocos metros por treinta largos e intensos siglos de historia, facilitando la comprensión de la visita a Ledesma. A través de la imagen, la música, las voces de sus habitantes se va construyendo una narración coral contada desde el respeto y la emoción, pensando en la gente de hoy y de mañana, donde adquieren un protagonismo especial aquellos acontecimientos en los que la villa fue forjando su identidad.

La historia es un hilo resistente y misterioso del que siempre se puede tirar.



IGLESIA DE SANTA ELENA **Y entre todos levantaron estos templos**

Fuera de los muros de la villa, Santa Elena se conserva fiel a los tiempos de su construcción, a finales del XII, coincidiendo con la **repoblación** por parte de Fernando II de León.

Un movimiento lleno de ilusión, el de los repobladores, atrajo hasta este territorio en unos tiempos inciertos a leoneses, portugueses, zamoranos y en menor medida a castellanos, soñando con una vida mejor para ellos y los suyos, al tiempo que el rey afianzaba su poder en los territorios reconquistados.

Si bien, con el pasar de los años, el monarca fue delegando sus funciones en los señores, lo que empeoró las condiciones de vida de aquellos que habían puesto todo su empeño en ampliar y repoblar el reino, diluyendo el poderoso espíritu de libertad y aventura fundacional.

Santa Elena es una pequeña **iglesia románica**, situada extramuros de la villa y cabeza de uno de sus arrabales más conocidos.

Se trata de un templo de una sola nave, con cabecera semicircular, sillería granítica y dos puertas, al norte y al oeste. En la del norte merece la pena fijarse en los elementos con aliento oriental bizantino y en la decoración de sus canecillos, con flores y animales fantásticos, plenos de inspiración. En su interior es reseñable la talla de San Bartolomé del siglo XVI, de la escuela de Berruguete.

Pero lo más notable es su atmósfera que, pese a los años transcurridos, sigue evocando un tiempo y un espacio complejos, intensos y apasionantes, los de las **tierras de frontera**.



ERMITA DEL CARMEN Y PUENTE MEDIEVAL Los hombres construimos demasiados muros y pocos puentes

Se puede venir a Ledesma sólo para conocer sus puentes: el Puente Mocho, el de Peñasarracín, el del arroyo Merdero y, sobre todo, el Puente Viejo y el Nuevo.

El **Puente Viejo** es una síntesis de la historia de la villa. Quizás su origen esté en la época de Trajano, aunque su estructura es esencialmente medieval. Siempre tuvo cinco ojos, reconstruidos en distintos momentos, el cuarto en 1816, tras su demolición por el ejército francés.

Estaba presidido por una torre y una dependencia en la que los oficiales del duque de Alburquerque recaudaban el impuesto del **pontazgo**, que pesaba sobre las mercancías que lo cruzaban hasta que, tras largos pleitos, en 1909 el ayuntamiento compró el derecho y acabó con su cobro.

En la orilla este se halla la **ermita del Carmen**, emparentada con los dioses viales del pabellón romano. Ha sido el tradicional humilladero ante el que se arrodillaba la gente antes de iniciar un largo viaje o al regreso, para así agradecer las gracias recibidas, y el lugar donde se postraban los comerciantes que asistían al mercado de la villa buscando el favor divino en los negocios.

Cuando se construyó el **Puente Nuevo**, en los años 50 del siglo pasado, el viejo rejuveneció, abandonó su uso viario y recuperó la relación con las personas.

Los puentes son siempre espacios de tránsito entre dos mundos, el de la villa con sus arrabales en un extremo y el del universo exterior en el otro. Por ello se recomienda pasar con sigilo, sus cinco ojos nos examinan.